

WITTGENSTEIN FRENTE A LA BÚSQUEDA RUSSELLIANA DE UN LENGUAJE LÓGICAMENTE PERFECTO

WITTGENSTEIN FACE TO FACE WITH THE RUSSELLIAN SEARCH OF A LOGICALLY PERFECT LANGUAGE

*Freddy Santamaría Velasco**

RESUMEN

Bertrand Russell dedicó parte de su obra a la discusión sobre el problema de la *referencia y la descripción*. Russell, junto Whitehead, elaboró un tratado de lógica matemática, titulado *Principia Mathematica* en el que retomó el proyecto de Frege tratando de demostrar que *la matemática es una rama de la lógica*. Russell no sólo tiene este propósito logicista, sino que también quiere concebir un

ABSTRACT

Bertrand Russell devoted part of his work to the discussion about the problem of reference and description. Together with Whitehead, Russell developed a treaty on mathematical logic titled *Principia Mathematica* in which he retakes Frege's project and tries to prove that mathematics is a branch of logic. This is not Russell's only aim concerning logic. He also harbours the hope of working out a logically perfect

* Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia de Salamanca, España. Licenciado en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Docente de la Universidad Santo Tomás. Autor de los libros: *Nombres, significados y mundos* (Salamanca, UPSA 2007) y *Hacer mundos: El nombrar y la significatividad. Una investigación desde la filosofía analítica* (Bogotá, USTA 2009). Áreas de Investigación: Filosofía Contemporánea, Filosofía del lenguaje, análisis filosófico. Dirección electrónica: santafilosofia@yahoo.es

Artículo recibido el día 25 de agosto de 2009 y aprobado por el Comité Editorial el día 02 de noviembre de 2009.

lenguaje lógicamente perfecto, esto es, un lenguaje preciso, en el que se elimina toda ambigüedad y vaguedad. En una palabra, el lenguaje de la ciencia en el que a todo nombre, por ejemplo, le “corresponde” un objeto. El Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas* se enfrentará a tal proyecto y a la concepción de un lenguaje cartográfico de la realidad. El autor, propone por el contrario, la reivindicación de un lenguaje sencillo, austero, cotidiano y plural, lejos de toda “estructura oculta”, finalmente, un lenguaje que no trasgreda las prácticas comunes y de paso a un lenguaje filosófico menos “enredado” y “dogmático”. Pretendemos resaltar cómo la crítica a la *búsqueda de un lenguaje perfecto* permite que al lenguaje y a la filosofía misma, se les conciba de un modo más abierto, cotidiano y plural, en palabras del mismo Wittgenstein, una filosofía *descansada* “que ya no se fustigue más con preguntas que la ponen a ella misma en cuestión”.

PALABRAS CLAVE

Wittgenstein, Russell, lenguaje, análisis, referencia y descripción.

language, that is to say, a precise language in which there is no room for ambiguity and vagueness. To sum it up: the language of science in which every noun refers to its corresponding object. In his *Philosophical investigations* Wittgenstein will have to face this project and the idea of a cartographical language to describe reality. The author of this paper, on the contrary, proposes a simple, austere, daily and varied language far away from any “hidden structure”, eventually, a language that does not trespass or go beyond the common practice and which at the same time is a less complicated and a less dogmatic philosophical language. With this paper we are trying to highlight that the searching of a perfect language allows language and philosophy itself to be conceived in a wider, daily and varied way. In Wittgenstein’s own words a philosophical *loose* “that does not anymore get harassed by questions that actually question philosophy itself”.

KEY WORDS

Wittgenstein, Russell, language, analysis, reference, description.

1. Introducción: la idea de filosofía en Wittgenstein

Ludwig Wittgenstein afirma en sus *Investigaciones filosóficas* (1999)¹ que:

Prestamos atención a nuestros propios modos de expresión concernientes a estas cosas, pero no los entendemos, sino los malinterpretamos. Somos, cuando

¹ Para el presente texto citaremos la edición en español de las *Investigaciones filosóficas* (1998) a cargo de A. García Suárez y U. Moulines. Luego añadiremos la página del párrafo correspondiente de la *Werkausgabe*.

filosofamos, como salvajes, hombres primitivos, que oyen los modos de expresión de hombres civilizados, los malinterpretan y luego extraen las más extrañas conclusiones de su interpretación (1998 I, § 194, 197; *Werkausgabe* 341).

Para Wittgenstein los filósofos nos enredamos y confundimos fácilmente en discursos que en sus orígenes no representaban problema alguno, es como si estuviéramos *hechizados* a la hora de interpretar el lenguaje, *enredando* a nuestro paso toda *la filosofía*. De ahí que, según el autor austríaco, más que dar respuestas definitivas lo que la filosofía debe buscar y a lo que debe aspirar es a la *claridad completa*. La claridad es el único camino posible para el trabajo filosófico, pues si contamos con claridad en la filosofía, todo problema y *nudo* debe desatarse seguidamente y, por lo mismo, no puede haber ya lugares oscuros e intransitables para el pensamiento. En el parágrafo 133 de las *Investigaciones filosóficas* Wittgenstein deja ver su itinerario intelectual. Escribe el autor: “Pues la claridad a la que aspiramos es en verdad completa. Pero esto sólo quiere decir que los problemas filosóficos deben desaparecer completamente. El descubrimiento real es el que me hace capaz de dejar de filosofar cuando quiero. –Aquel que lleva la filosofía al descanso, de modo que ya no se fustigue más con preguntas que la ponen a *ella misma* en cuestión” (I, § 133, 133; *Werkausgabe* 305). Para el autor de las *Investigaciones* estos *enredos* hacen que la actividad filosófica sea *violenta*. En muchas ocasiones el filósofo, según Wittgenstein, es como una persona que está *presa* en una habitación y que violenta la puerta hasta romper el picaporte sin darse cuenta de que, por hacer movimientos tan “agresivos y fustigantes” pasó por alto que, en vez de tirar, lo que debía era empujar la puerta que nunca estuvo cerrada. El filósofo es para Wittgenstein “aquél que ha de curar en sí mismo muchas enfermedades del entendimiento antes de que pueda llegar a las nociones del sentido común”² (1998, V, § 53, 253). Ahora bien, esto

² Vale la pena citar las críticas a la filosofía del norteamericano R. Rorty, especialmente las partes segunda y tercera de su libro: *La filosofía y el espejo de la naturaleza* (2001). También el artículo del mismo autor, titulado: “Introducción: Pragmatismo y filosofía” (*cf.* Rorty 1996. Por otro lado, en *The Cambridge Companion to Wittgenstein* podemos contar con un importante artículo del profesor R. Fogelin titulado “Wittgenstein’s Critique of Philosophy”. En dicho artículo se resaltan los puntos más comunes de la crítica wittgensteiniana a la filosofía. *Cf.* Fogelin 1996).

implica dos cosas: el descanso de la filosofía, no su eliminación, y la cura, o mejor dicho, su “sanación”. Recuerda Norman Malcolm que Wittgenstein dijo en una de sus clases: “En filosofía uno se siente *forzado* a mirar un concepto de cierta forma. Lo que yo hago es sugerir, o incluso inventar, otras formas de mirarlo. Sugiero posibilidades en las que previamente no habías pensado. Pensaban que había una posibilidad, o a lo sumo sólo dos. Pero los hice pensar en otras. Es más, los hice ver que la esperanza de que el concepto se adaptase a esas estrechas posibilidades era absurda. Así, el calambre mental se alivia, y quedan libres para contemplar el alcance (*field*) del uso de la expresión y sus diferentes utilizaciones” (2001 43). Según Wittgenstein, “La filosofía es una lucha contra el embrujo de nuestro entendimiento por medio del lenguaje” (1998 I, § 109, 123; *Werkausgabe* 298).

2. *Russell y la búsqueda de un lenguaje lógicamente perfecto*

Bertrand Russell dedicó parte de su obra a la discusión sobre el problema de la *referencia y la descripción*. Russell fue uno de los primeros autores que se rebeló a comienzos de siglo contra el hegelianismo imperante en las facultades de filosofía inglesa. Russell, junto Alfred North Whitehead, elaboró un tratado de lógica matemática, titulado *Principia Mathematica* (1910-1913), en el que retomó el proyecto de Frege tratando de demostrar que *la matemática es una rama de la lógica* (tesis logicista), ya que se puede reducir la aritmética a proposiciones que contengan solamente conceptos lógicos, tales como constantes, cuantificadores, variables y predicados. Russell no sólo tiene este deseo logicista, sino que también quiere concebir un *lenguaje lógicamente perfecto*. Esto quiere decir, un lenguaje claro y preciso, en el que se elimina toda ambigüedad y vaguedad. Un lenguaje propio de la ciencia. Russell logra, en parte, esta última meta con su *teoría de las descripciones*. En 1905 expone en la revista *Mind* su teoría de las descripciones, en un artículo titulado “Sobre la denotación” (1996 51-74). Allí, propiamente y por primera vez, Russell centra su atención en el problema

de los nombres propios y las descripciones. Ahora bien, hay recordar que a pesar de que esta teoría de las descripciones sufrió a lo largo de los años muchas modificaciones por el mismo Russell, ésta le bastó para asegurarle un lugar en la posteridad filosófica³. Con la teoría de las descripciones, expuesta en “Sobre la denotación”, Russell inicia su batalla contra la concepción de que la condición suficiente de un nombre es su intensión, es decir, la tesis de Frege que reza *que el significado de un nombre es sólo su sentido*. Pero Russell, desde los antecedentes de John Stuart Mill (1806-1873) y básicamente desde Alexius Meinong (1853-1920) considera que los *nombres propios* denotan –no connotan– un particular concreto; por lo tanto, un nombre se refiere a un individuo, a “algo” que es su significado y en el cual el nombre se agota por completo. El joven Russell, el de *Los principios de la matemática* se adhiere a esta posición meinongniana. Ahora bien, se mantiene el autor inglés fiel a la fórmula: *nombre = individuo*, pero se aparta por completo del compromiso ontológico concedido por Meinong. Meinong pensaba que todo nombre se refiere a un individuo, *señalándolo y etiquetándolo*. Es decir, el significado de un nombre es su portador, puesto que *donde haya nombre existirá necesariamente el objeto nombrado*. De ahí que es posible pensar en un objeto como «la montaña de oro», aunque ese objeto efectivamente no exista en el mundo externo. Esta tesis meinongniana se basa en que todo nombre necesariamente tiene que referirse (remitirse) a un individuo, a algo nombrado, esto significa que nombres del tipo “Ulises”, “Hamlet”, “Zorba”, “Unicornio” y “Quijote” tienen

³ De hecho, puede decirse sin más que su reconocimiento filosófico se debió a esta teoría, ya que como advertimos, el autor inglés no sólo fue fecundo en su actividad filosófica y matemática, sino que también destacó en diferentes campos de la actividad intelectual. Resalta el profesor Antonio Pintor-Ramos en su *Historia de la filosofía contemporánea* que: “(...) la personalidad de Russell es quizá la más destacada del mundo intelectual británico del siglo XX; su ingente obra abarca desde las matemáticas y la lógica hasta los más diversos temas filosóficos; a ello acompañó una amplísima y polémica labor de activista y reformador en los ámbitos social, político y pedagógico, la cual no sólo generó una amplia producción escrita, sino que le condujo a posturas que le llevaron a la cárcel o le vetaron al acceso a algunos puestos docentes” (331). También Alan Wood en su magnífica biografía *Bertrand Russell, el escéptico apasionado* resalta la polifacética personalidad del autor británico (45).

su portador, es decir hay “algo” que puede ser, tanto un Ulises, como un Hamlet, un Zorba, un unicornio y un Quijote. Para Meinong, los entes de ficción “subsisten”. Ahora bien, “subsisten” de una manera diferente a los demás individuos “reales”, su existencia por decirlo de algún modo es *incompleta*, pero finalmente con un “estatus” que les permite hacer parte del mundo, de habitarlo⁴. Russell está de acuerdo con Meinong en que *los nombres propios son etiquetas*, esto es, en que siendo idénticos su significado y su referente, carecen de intensidad. Pero en lo que no está de acuerdo el autor inglés con Meinong es en afirmar que los nombres de objetos ficticios son verdaderos nombres propios, es decir en que correspondan a un individuo. Por el contrario, cree el autor inglés que el referencialismo –de Meinong– está cargado de *inflacionismo ontológico* por falta de *instinto robusto para la realidad*, pues todas estas palabras, términos y expresiones que engañosamente llamamos “nombres” de personaje de ficción no pasan de ser una descripción y, por lo tanto, son un error gramatical e hipertrofia ontológica. Dice Russell a propósito: “En lógica es preciso tener aquel instinto especialmente bien desarrollado. En caso contrario, acabaríamos por dar entrada a cosas puramente fantásticas. (...) suponer que haya en el mundo real de la naturaleza todo un conjunto de proposiciones falsas dando vueltas de un lado para el otro resulta monstruoso para mi mentalidad” (1996 313).

Desde la idea de que *un nombre designa directamente a un individuo*, pensemos, por ejemplo, en la siguiente frase que, al parecer, nombra algo que está vinculado con una cierta propiedad. Digamos:

⁴ Una versión reciente del meinongianismo la encontramos en el norteamericano Terence Parsons. Parsons habla del carácter *incompleto* de tales entes de ficción frente al carácter *completo* de los seres reales. En el caso de “Sherlock Holmes”, por ejemplo, nos hallamos frente a un objeto *incompleto*, cuyas propiedades “nucleares” (identificadorias) son las que narra Conan Doyle. Ahora bien, a pesar de contar con dichas propiedades “nucleares”, tales seres siguen siendo incompletos frente al carácter completo de los objetos reales, ya que el *corpus* de las aventuras de Sherlock Holmes no puede brindar todas las de propiedades que puede tener tal personaje de ficción. (cf. 1980 23-27). Especialmente el capítulo titulado: “Fictional Objects, Dream Objects, and Others” del mismo libro. También se pueden seguir las tesis de Parsons en el artículo de Richard Rorty (cf. 1996 182-216).

«*La montaña de oro*»

Esta frase no se refiere a nada y por lo tanto se puede afirmar que:

«*No hay ningún X (elemento) que sea montaña y además de oro*»

Es decir ningún individuo satisface esa oración. Los nombres, bien sean “verdaderos nombres” o nombres de ficción, tienen la obligación de *mostrar* al individuo portador del nombre; obligación que, si no se cumple como en el caso de los nombres de ficción, lo único que se tiene que decir es que no lo son de ningún modo, y por demás son un error del lenguaje, propio de la ambigüedad de las palabras. *Los nombres poseen función referencial, esto significa que denotan individuos, elementos irreductibles e irrepetibles, su única misión es particularizadora.* Esto nos lleva a afirmar categóricamente –con Russell– que la significatividad de un nombre no está en la intensión, sino en la extensión, ya que, si una propiedad como, por ejemplo, “roja”, estuviese *vinculada lógicamente a un nombre* como “rosa”, la negación de la propiedad implicaría la pérdida del referente “rosa”.

Ahora bien, esta teoría *referencialista* se encuentra con un problema a superar; éste es: *los nombres de ficción*. Russell se adhiere a la concepción *meinongnoniana*, que piensa que los nombres son como *etiquetas*, adhesivos que se “pegan” al individuo, pero, como recordamos, no está de acuerdo –de ninguna manera– en que los nombres de ficción sean como tal verdaderos nombres propios, ya que carecen de valor extensional y por ende, al no ser propiamente verdaderos nombres, pierden automáticamente el compromiso ontológico que sí les concedía Meinong. Bertrand Russell piensa que estos nombres de ficción no son verdaderos nombres propios, sino descripciones definidas abreviadas. Para ello intentó demostrar que las oraciones del tipo «Hamlet príncipe de Dinamarca asesinó a Polonio» o «Don Quijote es el caballero de la Mancha» poseen una estructura gramatical que nada tiene que ver con la estructura lógica de un lenguaje perfecto. Frente a estos problemas, Russell nos presenta el conocido y brillante análisis

de la oración «El actual rey de Francia es calvo». El análisis de dicha oración tiene tres pasos claves que se pueden enunciar de la siguiente manera:

1. Existe al menos un **X** (individuo) que es rey varón de Francia, $[(\text{Ex}) \wedge (\text{M Fx})]$.
2. Sólo para un **X** (individuo) es verdad que es rey varón de Francia, $[(x) (y)] \{[(\text{M Fx}) = (\text{M Fy})] \longrightarrow (x=y)\}$.
3. Quienquiera que sea ese individuo es calvo, $\{[(x) \wedge (\text{M Fx})] \longrightarrow (\text{Tx})\}$.

Ahora hagamos esto mismo con una oración que involucra un nombre de un personaje *claramente* de ficción. La oración «Hamlet príncipe de Dinamarca es el asesino de Polonio» tiene las siguientes proposiciones:

1. Existe al menos un **X** que es verdad que es Hamlet príncipe de Dinamarca.
2. Sólo para un **X** es verdad que es Hamlet príncipe de Dinamarca.
3. Quienquiera que sea ese **X** es el asesino de Polonio.

Russell, con este análisis, criticó las nociones tradicionales de *posibilidad e identidad* y “destruyó” de algún modo el “supuesto individuo” concreto (el actual rey de Francia) para hacer de él un individuo indeterminado (**X**). Para Russell la significatividad de la oración «El actual rey de Francia es calvo» no está en juego, lo que sí está por comprobar es su valor veritativo⁵. Esto quiere decir que el valor de verdad (no la significatividad) de la oración «El actual rey de Francia es calvo» se cumplirá plenamente si existe (hay) un individuo de este tipo, es decir, «Existe al menos un individuo que es varón rey de Francia» y «sólo para un individuo es verdad que es varón de Francia y además calvo». Si la oración cumple todas las condiciones, se podría enunciar de este modo: «*Existe actualmente una y solamente una persona tal que sea esa persona es rey de Francia y, además, es calva*». El valor de verdad de una oración como «Hamlet es posible» depende única y exclusivamente de los ejemplares con que podamos contar, esto es: *su posibilidad se mide de modo extensional*.

⁵ Stroll resume en *La filosofía analítica del siglo XX* este punto. Escribe el autor: “(...) cada una de las oraciones analizadas es una oración general y cada una de ellas es significativa. Esto resulta clave para comprender cómo una oración cuyo término sujeto carezca de referente puede, sin embargo, ser significativa.

Conclusión: no podemos saber si existe Hamlet o si no existe. Esto significa que no puedo ni afirmar ni negar la existencia de estos “seres imaginarios”, pues afirmar su falsedad no deja de ser una clara y profunda contradicción. No se puede afirmar entonces: ni que son posibles los “Unicornios”, “Centauros”, “Serpientes aladas de mar” o las “Sirenas”, como tampoco que son imposibles. No puedo, de ningún modo, *afirmar nada de ellos*, pues sería paradójico ya que no podemos saber *por ningún medio* si tales “seres” son posibles o imposibles.

No debemos pensar que lo expuesto anteriormente es una invitación al silencio, de ningún modo. Todo lo contrario. Es la manera que tiene Russell de contar con un lenguaje sin ambigüedades, es decir su proyecto de un *lenguaje ideal y perfecto*, lo más preciso posible, propio de la lógica. Desde este proyecto ideal de lenguaje no nos debe extrañar la vinculación que hace el autor inglés entre la posibilidad y “lo que hay”, es decir entre existencia y posibilidad, ya que su vinculación garantiza y sobre todo “limita” el campo *de lo que podemos hablar* con seguridad. Según Russell, la posibilidad se puede afirmar si tenemos *alcance*, es decir si contamos con los ejemplares que garanticen tal afirmación. Los enunciados de posibilidad, para Russell, no pueden darse ajenos a la existencia, es decir a lo “real”, a lo que “hay”. Russell con ello afirma que: solamente es posible una función a menos que disponga de ejemplares, no que la posibilidad dependa de la existencia. De este modo *Enunciar la posibilidad es lo mismo que afirmar la existencia y enunciar la imposibilidad equivale afirmar su inexistencia*. Esto se traduce simplemente en el cumplimiento o incumplimiento de una función, es decir, en el respaldo extensional con que ella cuente. Según Russell, afirmar la posibilidad es lo mismo que decir: *La posibilidad = juicios extensionales*.

A la vista de esta explicación, podemos resumir la objeción que hacía Russell a Meinong. Meinong, en esencia, confundía las descripciones definidas y los nombres. *Una vez que nos damos cuenta de que «el actual rey de Francia» es una descripción, no hay necesidad de que la oración se refiera a algo*; por lo tanto, dado que una oración que contiene la expresión resulta significativa, no se sigue que su sujeto gramatical denote algo. De manera que no hay necesidad de presuponer la existencia o la subsistencia de tales ‘entidades’ como el actual rey de Francia, Hamlet, Medusa o Santa Claus” *-el subrayado es nuestro-* (30).

Tenemos que resaltar, sin lugar a dudas, que la concepción extensional de la lógica modal tiene su mérito, pues ella exorciza y corta de un *tajo* (*navaja de Occam*), correctamente, el inflacionismo ontológico de Meinong, pero vemos que tiene, por otro lado, un serio problema, que es el de no poder dejar de lado *las concepciones ordinarias del lenguaje*, como son el uso simple y cotidiano que hacemos de estos “nombres”. “Nombres”, que por otro lado, no exigen y no necesitan de ningún tipo de compromiso ontológico para seguir siendo usados ordinariamente. Estas exigencias parecen ser más bien un afán de reducir la lógica modal a una lógica empirista. Los nombres (o mejor, eso que llamamos nombres, es decir, las “descripciones disfrazadas” de Russell) que usamos en oraciones del tipo: «Ulises es el padre de Telémaco y rey de Ítaca» o «Remedios la bella subió al cielo envuelta entre sábanas», no se refieren a un objeto, a un particular, y por lo mismo, no exigen un instanciamiento o algún individuo que garantice la significatividad de dichas oraciones. Es más, estas oraciones pueden ser o no verdaderas sin ningún tipo de compromiso ontológico, pues *su alcance* no está determinado por el cumplimiento de la referencia (**X**), sino por el de las funciones descriptivas, ya que no deseamos instanciar ningún ejemplar, sino simplemente revisar, constatar, las descripciones que se atribuyen a dicha función, algo que podríamos llamar *su confrontación y coherencia*. De este modo, los valores modales se refieren a conceptos, no a objetos que satisfagan descripciones pues al no referimos a particulares sino a funciones, nuestro compromiso desaparece. Por lo mismo, basta con que los miembros y partes de la oración tengan una *coherencia* y alcance funcional, esto es, revisar (en el archivo) si es verdad que “Ulises” «es el padre de Telémaco y es también rey de Ítaca», como se narra en la obra de Homero o que “Remedios la bella” efectivamente, como se narra en *Cien años de soledad*, «subió al cielo envuelta entre sábanas». Por lo mismo, si los *referentes son funciones y su función no es establecer alcance*, no es obligación, por otro lado, que haya particulares que cumplan las descripciones “Ulises”, “Unicornio”, “Remedios la bella” o “Sirena” para

que estas oraciones puedan ser verdaderas o falsas. Russell afirma contrariamente que: “La lógica, mantendría yo, no tiene que admitir un unicornio en mayor medida que pueda hacerlo la zoología (...). Decir que los unicornios tienen una existencia heráldica o en la literatura o en la imaginación es una evasión sobremanera lastimosa y mezquina. Lo que existe en heráldica no es un animal, hecho de carne y hueso, que se mueve y respira por su propia iniciativa. Lo que existe es una figura o una descripción en palabras” (1991 48).

3. *Wittgenstein y la crítica a “referencialismo” russelliano*⁶

Advertíamos en un apartado anterior, que Russell tenía como objetivo encontrar un *lenguaje lógicamente perfecto* traducible al mismo lenguaje de la ciencia en el que no habría lugar para ningún ente que no se correspondiera con la realidad. Por ejemplo, si no contamos con ejemplares de “Unicornios” en un zoológico es absurdo incluir tales nombres de entes de ficción dentro de un lenguaje lógicamente perfecto. Tales criaturas, según Russell sólo podrían hacer parte del excéntrico universo inflacionista de Meinong. Russell desea que tengamos un *sentido robusto de la realidad*, pero, paradójicamente, desea, por otro lado, sacar “algo oculto” de la realidad del lenguaje, algo misterioso, por llamarlo así. Para Wittgenstein el uso del lenguaje ordinario no exige más que su uso *sencillo, cotidiano y austero*,

⁶ Estos puntos tienen su origen y deuda, en un primer momento, en la ponencia impartida el 3 de Julio de 2008 en el *III Congreso Iberoamericano de Filosofía* en la ciudad de Medellín-Colombia. El tema general de dicha ponencia versaba sobre el Pluralismo en la Filosofía. Para ampliar estas ideas y ver con detalle la concepción de filosofía en Wittgenstein, recomiendo la lectura del libro de Fann (1975) y de mi libro *Nombres, significados y mundos* (Santamaria 77-122) especialmente el segundo capítulo titulado: “Wittgenstein y la perfecta significatividad de los nombres de ficción”..

como defiende Wittgenstein a lo largo de sus *Investigaciones filosóficas*. El Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas* pasó de concebir un lenguaje lógicamente perfecto a reivindicar un lenguaje más sencillo, más austero, por así decirlo: “un lenguaje para andar por casa” que no transgreda las prácticas comunes y que no se golpee continuamente con los “límites del lenguaje” (I, § 119, 127; *Werkausgabe* 301). Dice Kripke que ideas “fuertemente” expuestas en el *Tractatus* como: a) la concepción de la verdad como un elemento clave en una teoría del lenguaje, b) el desvelamiento de una estructura profunda *oculta-esencial* del lenguaje, c) las consideraciones teóricas *cuasi-lógicas* dentro de la estructura profunda del lenguaje, e) la construcción de oraciones a partir de “átomos” mediante operadores lógicos, f) y la idea de que la estructura profunda del lenguaje natural es extensional son también “fuertemente” repudiadas en las *Investigaciones filosóficas*. Pues esta obra, “es hostil a cualquier intento de analizar el lenguaje mediante el desvelamiento de una estructura profunda oculta” (2006 84).

Para el Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas* estas ideas atomistas deben ser recusadas, de ahí, que, a partir de este momento, ya no va ser Russell el maestro a seguir, como lo fue un primer momento, sino el enemigo a combatir. Y es desde esta “lucha” como se puede descubrir el hilo conductor que atraviesa en gran parte sus *Investigaciones filosóficas*, a saber, la crítica a dos modelos de la tradición filosófica, 1) El modelo referencialista de significado, y 2) El intento de un lenguaje ideal. Estos dos modelos se sostienen por una idea metafísica, a saber, *en el que el lenguaje descansa sobre una ontología que le sirve de aureola y fundamento*. Tanto la concepción referencialista del significado como el intento de un “lenguaje ideal” lo que buscan claramente es defender el modelo clásico de la correspondencia, es decir, la concepción que sostiene que el lenguaje debe guardar fidelidad con la realidad, de que las palabras deben *corresponder* con los objetos nombrados. Wittgenstein abjura de tal concepción y se lanza a nuevos desarrollos y tratos con el lenguaje. En sus *Investigaciones filosóficas* el modelo clásico es sustituido por una idea muy diferente del lenguaje, una idea ordinaria y clara, lejos del logicismo que él mismo, por

ejemplo, defendía en el *Tractatus*⁷. Lenguaje, que, para Wittgenstein, no está mediado por hermetismos filosóficos y ontologías oscuras, sino todo lo contrario, es un lenguaje donde la comunidad lingüística es la que determina los criterios de conveniencia o no de tal lenguaje. Criterios, como pueden ser los de correcto/incorrecto, de válido/inválido o aceptable/inaceptable.

Wittgenstein, desde estos criterios, propone una concepción del lenguaje basado no en condiciones de verdad, sino en *condiciones de aseverabilidad* o en *condiciones de justificación*. Estos nuevos criterios nada tienen que ver con el modelo clásico de verificación. Ya no es que las oraciones, palabras o términos deban “enunciar hechos” o corresponder con objetos, sino, todo lo contrario, estos enunciados, palabras o términos deben ser parte de un entramado lingüístico en el que el uso va ser el criterio válido para su significatividad. El uso es, como dirá Wittgenstein: *una regla de medir; y no un prejuicio al que la realidad tiene que corresponder* (1998 I, § 131, 131; *Werkausgabe* 304) . Este cambio de modelo, es decir, el pasar de condiciones de verdad a condiciones de justificación, cumple, según Kripke, un doble papel en las *Investigaciones filosóficas*. Primero, ofrece una nueva aproximación a los problemas de cómo el lenguaje posee significado, en contraste con la idea de significación del *Tractatus*, y segundo, este modelo de justificación sirve para dar una explicación de las propias aseveraciones acerca del significado, consideradas como aseveraciones dentro de nuestro lenguaje. De ahí que para Wittgenstein el modelo clásico verificacionista es recusable, ya que comete el error de creer que un nombre es significativo si se cumplen los requisitos de la *correspondencia*, es decir, si el nombre

⁷ Escribe Kripke: “La más simple y básica de las ideas del *Tractatus* mal puede ser desechada: una oración declarativa obtiene su significado por virtud de sus *condiciones de verdad*, por virtud de su correspondencia con los hechos que deben darse si es verdadera. Por ejemplo, «el gato está sobre el felpudo» es entendida por aquellos hablantes que reconozcan que es verdadera si y sólo si cierto gato está sobre un cierto felpudo; es falsa en otro caso. La presencia del gato sobre el felpudo es un hecho o condición-en-el-mundo que, si se diese, haría verdadera a la oración (haría a ésta expresar una verdad)” (2006 85).

cuenta con el ejemplar al que nombra. Tal recusación se deja ver claramente en los primeros párrafos (§§ 1-137) de las *Investigaciones*; en ellos se enfrenta a la idea que concibe el lenguaje como el mero traductor de hechos y a los nombres como meros “rótulos” (I, § 26, 43; *Werkausgabe* 251) adheridos a los objetos.

En las *Investigaciones filosóficas* Wittgenstein recusa del *atomismo lógico*, pues si antes el significado de un nombre era el objeto al cual se hacía referencia, ahora sus nuevos caminos van a apuntar hacia el uso ordinario del lenguaje, es decir, el significado de un nombre no va a ser la necesaria *correspondencia* con el objeto nombrado (nombre-objeto), sino el *uso* de ese nombre en un lenguaje concreto y determinado. Escribe el autor austríaco:

Para una *gran* clase de casos de utilización de la palabra “significado” –aunque no para *todos* los casos de su utilización– puede explicarse esta palabra así. El significado de una palabra es su uso en el lenguaje.

Y el *significado* de un nombre se explica a veces señalando a su *portador* (I, § 43, 61; *Werkausgabe* 262).

El anterior párrafo es importante a la hora de determinar el significado de un nombre, puesto que ya no es la definición ostensiva el medio “privilegiado”⁸ de dar significación a un nombre, sino el uso que hacemos del nombre dentro de cierta comunidad lingüística. Para Wittgenstein, la definición ostensiva puede *explicar* el significado, si ya de antemano tenemos

⁸ Dice a propósito el profesor Robert L. Arrington: “La definición ostensiva ha sido considerada por muchos filósofos como el medio por el cual se conecta el lenguaje con la realidad, y se conecta de manera que el lenguaje pueda ser utilizado para transmitir información acerca del mundo. Es la base, piensan los empiristas, de toda intencionalidad, del hecho de que podamos pensar y hablar acerca de las cosas, de que podamos significarlas. Según esta concepción, las palabras deben estar conectadas a algo más que otras palabras, pues de lo contrario nos encontraríamos en círculo lingüístico, significando por una palabra nada más que otras palabras, por estas otras palabras y así sucesivamente. Sin la definición ostensiva, sostiene ese argumento, nunca podríamos salir de este círculo lingüístico y usar nuestras palabras para significar cosas” (2003 166).

claro cómo hay que usar tal o cual palabra en el lenguaje. No se puede decir que nombrar o designar sea señalar ostensivamente, ya que si tomamos la definición ostensiva como *método fundamental* de significación de las palabras, advierte Robert J. Fogelin, hemos fracasado, pues “la actividad de dar una definición ostensiva tiene sentido sólo en el *contexto* de una estructura lingüística previamente establecida” (1995 118). Para Wittgenstein afirmar que el significado depende de la correspondencia entre lo nombrado y el portador del nombre, no sólo es *contraintuitivo* sino es confundir abiertamente el significado del nombre con el portador del nombre, como por ejemplo, “Cuando el Sr. N. N. muere, se dice que muere el portador del nombre, no que muere el significado del nombre. Y sería absurdo hablar así, pues si el nombre dejara de tener significado, no tendría sentido decir “el Sr. N. N. está muerto” (1998 I, § 40,59; *Werkausgabe* 261). Más clara e ilustrativa no puede ser la crítica de Wittgenstein, puesto que ¿cómo puede tener sentido seguir hablando de un nombre que muere con su portador? Para Wittgenstein cuando se afirma que “toda palabra del lenguaje designa algo” no se ha dicho nada con ello, ya que no hay razón para pensar en el lenguaje desde un modelo ideal, en el que cada palabra tiene su correlato y el significado de un nombre, por lo tanto, depende únicamente del objeto al que nombra. Wittgenstein puntualiza que esta concepción da una imagen distorsionada e inadecuada del lenguaje, pues ignora *la amplia heterogeneidad, variedad y pluralidad* en las que usamos el lenguaje⁹.

⁹ (cf. Fogelin 1995 110). Especialmente el capítulo IX “The motley of language”. También vale la pena traer el párrafo 28 de las *Investigaciones filosóficas* en donde Wittgenstein deja ver los límites y las diferentes interpretaciones que tiene una definición ostensiva y por ende los problemas que conlleva. Veamos el siguiente ejemplo del autor austríaco: “Se puede definir ostensivamente un nombre de persona, un nombre de un color, el nombre de un material, un numeral, el nombre de un punto cardinal, etc. La definición del número dos «Esto se llama ‘dos’» –mientras se señalan dos nueces– es perfectamente exacta. –¿Pero se puede definir así el dos? Aquel a quien se da la definición no sabe *qué* se quiere nombrar con ‘dos’; supondrá que nombras *ese* grupo de nueces! –Puede suponer eso; pero quizá no lo suponga. A la inversa, cuando quiero asignar un nombre a ese grupo de nueces, él podría también malentenderlo como un numeral. E igualmente, cuando explico ostensivamente un nombre de persona, él podría considerarlo como nombre de un color, como designación de una raza e incluso como nombre de un punto cardinal. Es decir, la definición ostensiva puede en *todo* caso ser interpretada de maneras diferentes” (1998 I, § 28, 45; *Werkausgabe* 252-253).

Para Wittgenstein: “Un nombre no se emplea con el gesto demostrativo, sino que sólo se explica por medio de él” (1998 I, § 45, 61; *Werkausgabe* 263). La teoría referencialista se equivoca al afirmar que el significado de los nombres es su portador y que, por lo mismo, nombrar es hacer una definición ostensiva del objeto nombrado. Para el autor de las *Investigaciones filosóficas* no es necesario nombrar y señalar a la vez, es decir no necesitamos del objeto que nombramos. El nombrar no necesita de ejemplares que comparezcan ni mucho menos que contemos con ellos a la hora de hacer uso de los nombres, puesto que, afirma Wittgenstein “bajo ciertas circunstancias, el *señalar* el objeto del que se habla puede ser completamente inesencial para el juego de lenguaje, para el pensamiento” (1998 I, § 669, 401; *Werkausgabe* 480).

Ahora bien, es importante dejar claro que para Wittgenstein el significado de un nombre, de una palabra, de una proposición, de una oración, depende de su *uso* en cierto universo lingüístico, no de su referente. Es así, que con esta misma idea, todas las palabras hacen parte de la *gran familia de lenguaje* donde tienen usos diferentes dentro del entramado lingüístico donde se desarrollen. Debemos pensar –según el autor de las *Investigaciones*– en el lenguaje como una caja de herramientas, donde hay martillo, tenazas, sierra, destornillador, regla, pegante, clavos y tornillos. *Tan diversas como las funciones de estos objetos son las funciones de las palabras* (1998 I, § 11, 27; *Werkausgabe* 243).


Para Wittgenstein el significado de una palabra no se sostiene por la relación entre ella y el referente sino que, por el contrario, está ligado a una serie de *descripciones más o menos homogéneas*. El significado del nombre depende de los elementos *configuradores*, como son las *descripciones y el contexto* donde se usa el nombre. Ahora bien, este cúmulo de apoyos es contingente y no rígido. Las descripciones son todas contingentes, pero a pesar de su contingencia, *todas ellas* garantizan el significado del nombre. Si falta una se reemplaza por otra. La ausencia de una no es motivo de contradicción, al revés, la falta de *rigidez* es la constante en las descripciones. La rigidez

queda fuera, pues un nombre es *su uso* y nada más. Nombrar es *una preparación para describir* ya que el significado de un nombre propio no lo da el objeto al que se refiere, sino el *uso* en el *contexto* donde “funciona” la palabra. El significado de un nombre, de una palabra, de una oración, son las especiales *circunstancias* donde se emplean dichas herramientas. Nombrar no es señalar o “etiquetar” -como pensaba Russell-. Nombrar es preparar el camino para describir.

Para terminar, debemos afirmar categóricamente que la filosofía tiene como meta desenredar los *nudos* que se han hecho a lo largo de pensamiento. Uno de esos nudos es la tendencia a buscar la correspondencia entre el nombre y el objeto, esto es: *que los enunciados correspondan a hechos*. Para Wittgenstein esta búsqueda de parecido, de semejanzas, de analogías, es un *mito* arraigado en la tradición filosófica. El hombre, al usar el lenguaje cae en la trampa del arquetipo, “ensamblando” a través de *imágenes rememoradas* una realidad esencial, modélica. Por ejemplo, si se le dice a alguien: «¡Mire ese maravilloso azul del jarrón tal!» el observador *intentará* hallar la belleza de ese color en el azul del cielo, o en el color del mar. El hablante *corresponde* unos y otros bellos azules con el del jarrón para justificar su respuesta. Según Wittgenstein esto no es correcto. No puede hacerse tal correspondencia, no hay tal modelo arquetípico que sirva para todos los azules y defina a todos los demás, no hay tal esencia a buscar. Escribe Wittgenstein en sus *Investigaciones filosóficas* que:

Sólo podemos, pues, salir al paso de la injusticia o vaciedad de nuestras aserciones exponiendo el modelo como lo que es, como objeto de comparación –como, por así decirlo, una regla de medir; y no como prejuicio al que la realidad *tiene que* corresponder. (El dogmatismo en el que tan fácilmente caemos al filosofar) (I, § 131, 131; *Werkausgabe* 304).

Ahora bien, para Wittgenstein resulta evidente que este *afán* esencialista nace del intento fundacional que obnubila en muchos momentos al filósofo, esto es, el hallar cimientos para todo lo que la experiencia enseña. De ahí que invente *super-conceptos*, fabrique neologismos y tienda puentes donde

no se necesitan, dejando a un lado lo más importante, la caja de herramientas, esto es, las palabras sencillas del lenguaje ordinario. Según Wittgenstein, el filósofo que busca fundamentos se siente a oscuras, se siente en un mundo de sombras, donde lo único que ve son meras representaciones fantasmagóricas, remedos de la realidad, “como si nuestras formas de expresión usuales estuviesen, esencialmente, aún inanalizadas; como si hubiera algo oculto en ellas que debiera sacarse a la luz” (1998 I, § 91, 113; *Werkausgabe* 292). Este tipo de filósofo cree que hay algo que *yace bajo la superficie*, algo que yace en el interior, que vemos cuando penetramos la cosa y que “pide a gritos” –por decirlo de algún modo– ser rescatada de las sombras. 

Bibliografía

- Arrington, R. L. “La autonomía del uso en las *Investigaciones filosóficas*”. *Del espejo a las Herramientas. Ensayos sobre el pensamiento de Wittgenstein* A. Flórez, M. Holguín, R. Meléndez (eds.). Bogotá: Siglo de Hombres Editores, Universidad Javeriana—Universidad Nacional de Colombia, 2003: 157-158.
- Fann, K. T. (ed.). *Ludwig Wittgenstein: The Man and His Philosophy*. New Jersey: Humanities Press, 1978.
- . *El concepto de filosofía en Wittgenstein*. Trad. M. A. Bertran. Madrid: Tecnos, 1975.
- Fogelin, R. J. *Wittgenstein*. London: Routledge & Kegan Paul Ltd, 1995.
- Fogelin, R. J. “Wittgenstein’s critique of philosophy”. *The Cambridge Companion to Wittgenstein*. H. Sluga & D. G. Stern (eds.) Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

- Gómez Alonso, M. M. *Frágiles certidumbre. Wittgenstein y Sobre la certeza: Duda y lenguaje*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2006.
- Katz, J. J. *Filosofía del lenguaje*. Trad. M. Suárez. Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1971.
- Kenny, A. *Wittgenstein*. Trad. A. Deaño. Madrid: Alianza, 1988.
- Kripke, S. *Wittgenstein: a propósito de reglas y lenguaje privado*. Trad. J. Rodríguez Marqueze. Madrid, Tecnos 2006.
- Malcolm, N. *Ludwig Wittgenstein. A Memoir*. Oxford: Oxford University Press, 2001.
- Parsons, T. *Nonexistent Objects*. New Haven: Yale University Press, 1980.
- Quine, W. V. *Teorías y cosas*. Trad. A. Ziri6n. México: UNAM, 1986.
- . “El desarrollo ontol6gico de Russell”. *Teorías y cosas*. Quine, W. V., 1986 (v.): 95-108.
- Rorty, R. *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Trad. J. Fernández Zulaica. Madrid: Cátedra, 2001.
- . *Consecuencias del pragmatismo*. Trad. J. M. Esteban Cloquell. Madrid: Tecnos, 1996.
- Russell, B. *L6gica y conocimiento. Ensayos 1901-1950*. Trad. J. Muguerza. Madrid: Taurus, 1966.
- . *Obras completas II. Ciencia y filosofía 1897-1919*. Madrid: Aguilar, 1973.

- . *La evolución de mi pensamiento filosófico*. Trad. J. Novella Domingo. Madrid: Alianza, 1982.
- . *Los principios de la matemática*. Trad. J. C. Grimberg. Madrid: Espasa-Calpe, S. A., 1983.
- . *Los problemas de la filosofía*. Trad. J. Xirau. Barcelona: Labor, 1993.
- . *La filosofía del atomismo lógico. Lógica y conocimiento. Ensayos 1901-1950*, (v.) Trad. J. Muguerza. En: Russell, B., 1966: 245-395.
- . *Introducción a la filosofía matemática*. Trad. J. Fuentes. En: Russell, B., *Obras completas II. Ciencia y filosofía 1897-1919*, (v.) 1973: 1263-1389.
- . “Descripciones”. *La búsqueda de significado*, (v.), Trad. L. Ml. Valdés Villanueva. En: Valdés Villanueva, L. Ml. (ed.): 1991: 46-56.
- . “Sobre la denotación”. *Lógica y conocimiento. Ensayos 1901-1950*, (v.). Trad. J. Muguerza. En: Russell, B. 1966: 51-74.
- Stroll, A. *La filosofía analítica del siglo XX*. Trad. J. F. Álvarez Álvarez y E. Bustos Guadaño. Madrid: Siglo Veintiuno, 2002.
- Santamaría, F. *Nombres, significados y mundos*: Salamanca: Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2007.
- . *Hacer mundos: El nombrar y la significatividad. Una investigación desde la filosofía analítica*: Bogotá: Universidad Santo Tomás, 2009.

Wittgenstein, L. *Werkausgabe Band 1. Tractatus logico-philosophicus. Tagebücher 1914-1916. Philosophische Untersuchungen* (Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1999).

———. *Investigaciones filosóficas*. Trad. A. García Suárez y U. Moulines. Barcelona: UNAM/Crítica, 1998.

———. *Observaciones sobre los fundamentos de la matemática*. Trad. I. Reguera. Madrid: Alianza 1987.

Wood, A. *Bertrand Russell, el escéptico apasionado*. Trad. J. García-Puente. Madrid: Aguilar, 1967.